



ANOMALÍAS EN EXPANSIÓN Y GESTACIÓN DE NUEVOS ENFOQUES CULTURALES DE COOPERACIÓN

Patricio Rivas

La crisis de la prosperidad financiera y la búsqueda de nuevos modelos

Todo escrito alude a paradojas y evidencias entre lo que señala y lo que implica, entre lo que afirma y sugiere. No hay texto completo como en un imposible libro de arena. Lo que se deja vacante para futuros sentidos encontrados es tan importante como lo que irrumpe como afirmación. Escribimos en el tiempo también para futuros posibles, escribimos desde el tiempo fraguados por nuestras premuras y opciones inminentes.

La situación de la cultura mundial en términos de sus sentidos y formas políticas y sociales, enfrenta un nuevo periodo de tránsito que se expresa tanto en las comunidades basales y territoriales como a nivel de los gobiernos nacionales y organismos intergubernamentales. Asistimos a una nueva redefinición de los territorios culturales forjados en el siglo XX, vivimos el paso de la mundialización de la cultura en un sentido institucional y de relaciones de mercado, a la mundialización cultural como periodo en que estamos impelidos a pensar formas de vivir juntos que nos permitan ampliar las libertades, la creatividad y la justicia social y que garantice el desarrollo sostenible para todos. Es decir, se trata de asumir una vez más lo cultural desde una dimensión política y ética, de dotarla de programas de acción que, aunque no tengan un relato escritural definido, actúen a nivel de los sentidos de las personas y fuerzas sociales.

En el caso de los organismos mundiales sectoriales las transformaciones en marcha acontecen como fragmentos dispersos en muchas naciones y países, como algo que artesanalmente se desplaza pero que aún no se hace consistente. Desde las instancias de gobierno se materializa como un ruido incómodo, como una tensión difusa entre los logros alcanzados a fines de los años 90' y comienzos de la primera década del siglo XXI, ciclo en el cual la cultura logra instalarse como un factor ineludible de la vida y del desarrollo, y los retrocesos acordes a mundos nacionales e internacionales de mediados del siglo pasado que tendieron a concebir a la cultura como campo de las bellas artes y como un elemento suntuoso y prescindible de las políticas de gobierno.

Estas nuevas tensiones en el campo de las políticas culturales, se producen en medio de un largo periodo de desfasaje de las instituciones de cooperación e integración cultural iberoamericanas, cuyas causas obedecen a dos rasgos singulares. Por una

parte, a la crisis del patrón de cooperación basado en la transferencia de ingentes recursos financieros y, por otra, al agobio de los modelos de relaciones internacionales sustentadas en vínculos prioritariamente institucionales por sobre las relaciones, procesos y dinámicas culturales motorizadas desde las propias comunidades.

En el primer caso, los datos muestran que las crecientes restricciones presupuestarias en materia de cooperación generan la necesidad de replantear los modelos y programas basados fundamentalmente en la transferencia de recursos. Si bien, no existen indicadores específicos para el sector cultural, los datos generales confirman una reducción de los recursos destinados a la cooperación, en efecto respecto del año 2010 en el 2011 la asistencia internacional en términos reales cayó en un 2,7%, descenso que aumentan a 4,5% si se incluye la ayuda humanitaria (PNUD, 2012), todo ello como consecuencias de las restricciones fiscales que afectaron a la gran mayoría de los países de ingresos altos. Asimismo, entre quienes han implementado mayores recortes destaca España, país que hasta hace muy poco en América Latina operó como una de las principales fuentes de financiamiento internacional en cultura, al respecto hay que recordar que en el mes de abril de 2012 el propio Ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación de España, José Manuel García-Margallo, anunció una reducción del 65,4% de la partida de cooperación para el desarrollo. En tercer lugar, los datos muestran un cambio en el eje de cooperación, que se expresa en un descenso sostenido de los recursos destinados a América Latina y en un incremento de la cooperación para los países de Asia meridional y central, giro que de acuerdo a las encuestas realizada por el Comité de Asistencia para el Desarrollo (CAD) tenderá a sostenerse en el tiempo. En cuarto lugar, rara vez la cultura se ajusta a las estrategias y prioridades de los países receptores de los fondos de cooperación, a pesar de que el desarrollo sostenible es un problema cultural. Finalmente las encuestas del CAD evidencian que en los próximos años estas tendencias permanecerán invariantes o inclusive tenderán a aumentar, lo cual confirma que la política de cooperación cultural iberoamericana no puede sustentarse en la transferencia de recursos para el desarrollo cultural, del mismo modo genera el desafío de incrementar la eficiencia de la cooperación y de reforzar las políticas de rendición de cuentas.

Así el denominado espacio cultural Iberoamericano compuesto por sistemas internacionales, por redes de comunidades territoriales, por agrupamientos de creadores, de intelectuales, artistas y gestores, así como por instituciones como la OEI, AECID, CAB, Campus Cultural Euroamericano, el área cultural de la OEA, entre otros variados organismos cuentan hoy con menos y volátiles recursos financieros, paradójicamente en tiempos que la propia cultura es más decisiva para repensar nuestros destinos colectivos, restricciones que no serán episódicas, ni breves y probablemente cuando culmine las formas de entender la propia cooperación cultural habrá mutado hacia modelos que hoy apenas intuimos, así fue en las décadas de los

años 20 hasta los años 50 del siglo pasado, crisis largas y graves que redibujan los planos de vida histórica, psicosocial y cultural.

Desde luego, lo que acontece no es solo una disminución de los recursos asignados al sector cultural, es también el cierre de un largo periodo de cooperación entre regiones, países y agrupamientos creativos. Sus causas más profundas deben buscarse en el modelo de relaciones internacionales que se ha desplegado entre un idealismo moderado y un realismo episódico pero que en todo caso están muy al ritmo de lo inmediato como para producir orientaciones de largo plazo.

No obstante, el actual periodo no solo representa un clásico asunto de desajuste técnico-organizativo entre presupuestos, programas y organismos internacionales (OI) y nacionales, sino principalmente alude a una crisis de la forma en cómo se concibe e implementa la cooperación cultural. Por lo que, no se debe omitir el significado especial de estas transformaciones desde sus orígenes hasta sus efectos en las relaciones de fomento cultural. Por ello, si se centra la atención exclusivamente en lo técnico financiero, se perderá de vista los logros y deficiencias gestadas y acumuladas antes de la crisis de la economía internacional, la que ha tenido un impacto negativo en los presupuestos de los OI. Es en este sentido, que se hace referencia a que el actual periodo de desajuste deriva también del agotamiento de los modelos de cooperación predominantes, los cuales potenciaron las relaciones institucionales formales por sobre los vínculos locales.

Desde mediados del año 2000 se pueden percibir agobios de los modelos de cooperación cultural, especialmente de aquellos que estuvieron basados en la constitución de áreas privilegiadas -aunque claves para la relación de cultura y desarrollo- pero que dejaban demasiado invisibilizados y marginados los modelos de cooperación local y experimental, lo rural, lo juvenil y lo excluido. Prácticas que se vieron favorecidas, primero, a partir de la apatía mostrada por varios ministerios o consejos frente a los sectores de la cultura que no se ensamblan fácilmente en las corrientes de la política pública dominante. Por otra, porque en las estructuras de fomento y cooperación tendió a prevalecer una visión de última generación de sentido modernizante basadas en el fortalecimiento de las representaciones institucionales, antes que en un patrón complejo que asumiera los diversos tiempos históricos de la cultura en nuestra región, lo cual abrió paso a grandes programas de fomentos tan bien diseñados como necesarios, singularmente en las áreas dominantes: industrias culturales, artes convencionales, patrimonio material, invisibilizando las urgencias articuladas a lo local y a lo emergente con pocas posibilidades de circulación industrial.

Recordemos que la cooperación internacional fue muy prioritariamente por arriba entre organismos Estados, ministerios y creadores consagrados, y mucho menos con movimientos sociales y espacios mundializados. Fue predominantemente entre corrientes principales del pensamiento cultural y menos entre lo emergente o

ensayístico. Fue entre actores de alcance nacional y menos con grupos locales y barriales de cada país.

Por ello, la desaceleración de los procesos culturales internacionales si bien se explican por la crisis de financiamiento, su superación no solo dependen de ella, la crisis de la economía mundial ha hecho aparecer nuevas tensiones, como es el escaso rol que se da en nuestra región al fomento de la “otredad” cultural que no responde a las nociones de bellas artes, de folclore o del mercado. Y si bien el fomento de la cultura y la creación son en sí mismo un objetivo, debemos arribar a un nuevo ciclo en que el fomento de la cultura y la creación estén al servicio del desarrollo y del buen vivir de los países y de las personas.

Desde otro ángulo, las representaciones institucionales de la cultura -ministerios, consejos, organismos intergubernamentales- para producir un salto desde lo consagrado a lo local, requieren superar las burocracias nacionales y estar dispuestas a ensayar nuevos estilos de organización y trabajo. Decir que el agotamiento de todo un patrón de acumulación nos lanza a claros desfases y anomalías es una constatación, pero al mismo tiempo nos ubica en un territorio desconocido en el que actuar, proponer y proyectar implica repensar las inercias habituales, reinventar varios de los paradigmas que hasta hace muy poco sirvieron como orientaciones funcionales de trabajo y superar la lógica de la eficiencia cultural en función de indicadores tecnocráticos, lo que en sí mismo constituye un desafío por momentos incómodo y subversivo.

El imperativo de la actualización y de restitución del equilibrio presupuestario no se puede confundir con la reformulación de las políticas y programas –claramente necesarios- a partir del deshecho de todo lo que se ha forjado en las últimas décadas, lo cual generaría un nuevo problema. Analizar los puntos de inflexión no significa desconocer las políticas y programas que han resultado fructíferos y que han tenido un impacto en la valoración de la cultura y en el desarrollo humano; resaltar lo crítico responde a la exigencia de distinguir los elementos y prácticas en las que radica la urgencia del cambio y la reconversión de nuevas formas y estilos, tanto en las instituciones nacionales, como en los propios OI, lo que hoy se ven impelidos a acelerar la apertura de nuevas sendas de trabajo que dependan menos de las antiguas políticas de fomento internacional.

Así, si bien los datos evidencian la culminación del ciclo de prosperidad de la cooperación internacional basada en la transferencia de ingentes recursos, el cierre de este ciclo no implica que no se deba o pueda continuar expandiendo la cooperación y la creatividad, pero para arribar a una nueva etapa de expansión cultural es necesario realizar un balance crítico de los ejes que sustentaron la cooperación, los que en sí mismos se transformaron en un débil sustento para consolidación de alianzas sólidas de largo plazo. Por otra parte, también es urgente que los OI y singularmente los

iberoamericanos establezcan programas comunes, coordinados y orientados hacia el trabajo colectivo y transversal, lo que permitirá racionalizar tiempos, recursos y objetivos programáticos.

Desde la cooperación institucional a los anclajes sociales

Como se señaló uno de los fenómenos esenciales que actúan a nivel constituyente en los tiempos culturales de hoy es la reconfiguración de las prácticas, de los modelos institucionales y de las políticas culturales de cooperación forjadas en las últimas décadas, modelos que se fundan a partir de tres rasgos esenciales, por una parte, se basan en la transferencia de políticas y estrategias que aluden principalmente al fomento de las industrias culturales y a una nueva gestión cultural de carácter eficientista; por otra, a la cooperación técnica y aporte de recursos y; por último, a la construcción de situaciones y momentos de debate y reflexión entre las instituciones y los actores creativos de todo tipo. Modelo, que no obstante en términos globales se ha sostenido –aunque no únicamente- en la transferencia de recursos. Por ello, cuándo estos se tornan escasos la arquitectura general se debilita.

A su vez, si bien para los OI el aporte de recursos es una forma efectiva de realización de la política de cooperación en términos muy concretos y claros, la razón instrumental fundada en la asistencia financiera arriesga la posibilidad de compartir intereses de largo aliento y de fundar una política de cooperación recíproca.

La exacerbación de lo económico por sobre lo programático también ha sido nutrida por Estados latinoamericanos que conciben la cooperación internacional no como un campo básico del mundo del siglo XXI, sino más bien como una fuente de recursos y relaciones funcionales a metas inmediatas de corto alcance, aspecto que debe ser explicado por la propia rotación y fragilidad de las políticas culturales de Estado, cuya implementación y continuidad en algunos países ha dependido de administraciones profesionales altamente volátiles y frágilmente formadas en los debates culturales críticos de última generación. Escenario al cual se suman cancillerías y embajadas, que tienden a mirar a la cultura con ojos decimonónicos o utilitarios.

Al respecto no hay que olvidar que desde la década de 1960 en América Latina lo cultural como proceso y estructura ha ganado en centralidad social y poder público, sin embargo, si bien estos procesos responden a grandes giros de época aún no logran expresarse con solvencia a nivel de Estado, es decir como políticas de largo plazo, lo recurrente es que aparezca de cuando en vez y casi nunca como continuidad.

Paralelamente, los OI han aprendido a moverse en este territorio estableciendo un límite muy difuso entre Estado, Gobierno y comunidad cultural, subsumiendo frecuentemente a esta última como parte de la política gubernamental.

Las consecuencia de todo lo anterior, es el riesgo de construir una triada infructífera basada en la consolidación de OI que buscan nuevos modelos sin el volumen de programas y opciones de hace algunos años; gobiernos nacionales que en el ámbito internacional continúan esperando recursos de cooperación y; la construcción de comunidades culturales que se distancias cada vez más de las instituciones de gobierno y de los OI en tanto estos no dan cuenta de sus realidades, con lo cual se pierde a su vez la capacidad de identificación y articulación de experiencias culturales locales diversas y replicables.

Lo que es evidente es que el desafío no es de resolución fácil en el corto plazo en virtud de que el centro fundante de esta situación no radica en las instituciones culturales, aunque estas las expresan, sino en un giro muy profundo y acelerado de la totalidad del sistema internacional. En el campo de las políticas culturales se requiere que los actores culturales señalados –los Estados, los gobiernos locales, los OI y las comunidades- estructuren nuevas agendas de diálogo y trabajo conjunto cuyo eje, como ya se insistido, sea lo local, sin la homogenización de lo nacional como concepto unívoco. No obstante, en este punto es importante aclarar que cuando se resalta la necesidad de reconocer y potenciar a las comunidades y lo local, no se utilizan estas nociones en un sentido restringido para referirse exclusivamente a creadores que habitan en una delimitada topografía espacial, sino que también abarca a comunidades de sentido que comparten territorios simbólicos comunes; y en ningún caso se debe asumir que lo que se busca es robustecer la segregación, la estratificación, la tribalización, ni tampoco la pérdida del sentido de lugar.

Hoy vemos que los sujetos culturales locales e incluso marginales a los planos más oficiales comprenden mejor y más rápido el nuevo cuadro, será porque las necesidades acuciantes gestan inteligencias más flexibles o porque hoy los distinguimos con mayor facilidad. Hay un saber social que está brotando desde hace ya un tiempo en las dinámicas culturales de América Latina en ningún caso ha sido fácil su emergencia entre otros motivos porque aluden a nuevas propuestas estéticas y saberes de creación.

Desde un plano más amplio es necesario poner en acción nuevos marcos de referencia para explicar lo que ocurre desde lo más abstracto e integrativo en términos sintéticos hasta lo social en un sentido epistémico y valórico. En efecto la crisis de la economía mundial no es un tema que se restrinja a los modos de producción material, es antes que nada la crisis de unas formas de vida sometidas a la racionalidad del mercado, a la competencia, al individualismo exacerbado y a la construcción de sociedades desprovistas de acciones colectivas. La repercusión de estas dinámicas en el ámbito cultural, es que desde hace años colectivos y agrupamientos de creadores de muy diverso origen demandan e intentan construir nuevas formas de vida, que critican e interpelan lo que domina, excluye y estratifica. Lo social cultural transita por

todas estas tramas con un afán de búsqueda y experimentación que está lejos de urdir nuevos paradigmas, a pesar de la riqueza y diversidad de su propia búsqueda pero que hoy son una pista para ser y estar en este tiempo mundializado.

Unas sagas a medio hacer

Finalmente, al agotamiento de la predominancia de lo financiero y al alejamiento de lo local se suma una trayectoria marcada por la rutina y las inercias, apartada cada vez más de los procesos de debate creativo de los movimientos culturales consagrados y emergentes. Desde luego hay notables excepciones que escapan a esta auto-trampa, pero lo que se observa en el conjunto de las instituciones es una marcada tendencia hacer más fuerte y determinante la tecno-política por arriba signando regresivamente todo un ciclo de sospecha frente a lo constituyente, lo que en el caso de las instituciones culturales es más agudo, ya que suponía que estas carteras de Estado estarían en condiciones de hacer su política con todos, por todos y desde todos, comenzando con la superación de enfoques centrados en el Estado y en razones tecno-burocráticas, modelos que han signado las prácticas de lo público y lo estatal durante buena parte de las últimas décadas.

Elementos que confirman la existencia de estas tensiones, es que en varios lugares de Iberoamérica, en España, México y Chile, en los últimos tres años han irrumpido movimientos sociales ampliamente democráticos y participativos que expresan un malestar cultural y que demandan la construcción de nuevas formas de vida colectiva, movimientos que, sin embargo, enfrentan la insensibilidad de los gobiernos para escuchar sus demandas y para gestar espacios de diálogo constituyentes; como señala Castells “ha cambiado la conciencia de la gente, pero el sistema político se mantiene impermeable. Y es imprescindible restablecer la conexión.”. Por ello, desde el ámbito de la cultura el desafío es romper las inercias, contribuir a la generación de espacios de debate que permitan construir participativamente respuestas creíbles y nuevas a los problemas que enfrentamos, ya que la cultura representa una fuerza social amplia para restablecer la centralidad de una política democrática e incluyente que no se agote en la racionalidad administrativa y en la reproducción de las relaciones de poder.

En el caso de los OI las tensiones entre las dinámicas del mundo actual crítica y en expansión, así como los procesos culturales nacionales y locales han vivido su propia exposición frente a crecientes demandas y recursos cada vez más escasos y discontinuos. Recordemos que los OI de la cooperación cultural iberoamericana habían logrado en los últimos 25 años establecer líneas de trabajo y de fomento que aportaron a la formación de gestores, al desarrollo de la industria cultural, al

EUROAMERICANO

VIII CAMPUS DE COOPERACIÓN CULTURAL

despliegue de la investigación, a la democratización del acceso al teatro, la danza, la música y el cine, al fomento de las políticas de ciudades y a la incorporación de prácticas dialógicas en la definición e implementación de las políticas públicas en este sector, todo ello en una sucesión tan densa como creativa de opciones, modelo y sentidos, pero no ajenas de las tensiones analizadas.

Es esta configuración de viejos y nuevos imperativos históricos la que sitúa a la creación cultural sus dinámicas y procesos como un lugar sensible y privilegiado para pensar desde nuevos enfoque y actuar con originales formas y sensibilidades.

Si no se ve en su originalidad esta etapa de la historia social de la humanidad y no se restablece la conexión entre las demandas sociales y las políticas de Estado, entonces las cosas pasaran por fuera de las políticas nacionales y de los modelos de cooperación internacional, como en parte ya ocurre, pero de profundizarse no solo se exacerbarán las tensiones sino que serán demasiadas las experiencias y propuestas desechadas, alargando con ello los tiempos de gestión de nuevos y fructíferos procesos culturales. El desafío en estos tiempos inciertos, de crisis y descontentos, es también un periodo de esperanza, de superación del pensamiento rutinario, se trata por todo esto de aprovechar desde las instituciones culturales los estados de asamblea y deliberación que circulan en los espacios sociales y creativos, ya que allí existen aproximaciones de nuevas formas de fomentar las culturas mundializadas y democráticas del siglo XXI.

Las opiniones manifestadas en este documento son responsabilidad de su autor, no reflejando necesariamente la opinión de las entidades organizadoras del VIII Campus, titulares de los derechos de reproducción, comunicación y distribución pública. Para una reproducción de los contenidos, solicitar autorización previa a info@campuseuroamericano.org.

